

DAUDET

MUJERES
DE
ARTISTAS

PQ2216
.F5
S6



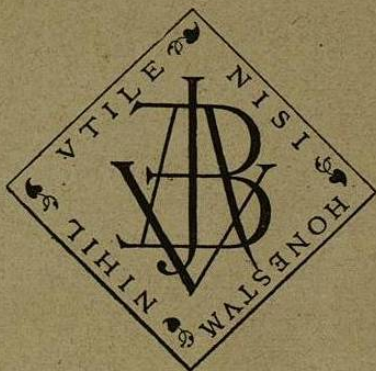
1020026215



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

MUJERES DE ARTISTAS

Núm. Clas. 8448
Núm. Auto. D238m
Núm. Adq. 29911
Procedencia -8-
Precio _____
Fecha _____
Clasif. o _____
Catalogo 29



COLECCIÓN JUBERA

ALFONSO DAUDET

MUJERES DE ARTISTAS

TRADUCCIÓN DE H. GINER

Ilustrado con 102 fotograbados.



MADRID

SÁENZ DE JUBERA, HERMANOS, EDITORES

10, Campomanes, 10.

1890

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Indo. 1625 MONTERREY, MEXICO

29911

098509

843
D.



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

ES PROPIEDAD

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

E. RUBIÑOS. IMPRESOR.



PRÓLOGO

Con el cigarro en la boca, tendidos á lo largo de un diván, en un estudio de artista, dos amigos, poeta el uno y pintor el otro, charlaban cierta noche después de comer.

Era la hora de las efusiones, de las confidencias. La lámpara iluminaba dulcemente bajo la pantalla, limitando su

círculo de luz á la intimidad de la conversación, y dejando apenas percibir el lujo caprichoso de las extensas paredes, llenas de telas antiguas, de panoplias de objetos varios, y coronadas allá en lo alto por anchas vidrieras que dejaban paso al sombrío azul del cielo. Sólo un retrato de mujer, ligeramente inclinado sobre un caballete, como para escuchar la charla, se destacaba de la sombra: una mujer joven, de ojos inteligentes, boca grave y bondadosa, con graciosa sonrisa, que parecía defender el caballete del marido contra los tontos y los desanimadores. Una silla baja, no lejos del fuego, dos zapatitos azules arrastrándose sobre la alfombra, indicaban también la presencia de un niño en la casa; y, en efecto, desde la habitación próxima, donde la madre y el niño acababan de entrar, salían á intervalos risas sonoras y murmullos suaves como lindo conjunto de un nido que se adormece. Todo ello esparcía en este interior artístico un vago perfume de felicidad doméstica que el poeta aspiraba con delicia.

—Decididamente, querido amigo, tú

eres quien ha tenido razón. No hay varias maneras de ser feliz. La felicidad está ahí, nada más que ahí...: es preciso que me cases.

EL PINTOR

¡Hombre, hombre, no!... Cásate tú solo, si en ello piensas; yo no quiero mezclarme en tales cosas.

EL POETA

¿Por qué?

EL PINTOR

Porque... porque los artistas no deben casarse.

EL POETA

Eso es demasiado fuerte... ¿Te atreves á decirlo aquí? y el quinqué no se apaga bruscamente, las paredes no se vienen abajo...! Piensa, desdichado, que acabas de proporcionarme durante dos horas el espectáculo y la envidia de esta dicha que me quieres prohibir. ¿Serías tú, por ventura, como esos pérfidos millonarios que doblan su riqueza á costa de los su-

frimientos de los demás, saboreando el rincón de su hogar mientras piensan que llueve fuera y que hay multitud de pobres diablos sin techo y sin abrigo?

EL PINTOR

Piensa de mí lo que te plazca. Te quiero demasiado para ayudarte á cometer una tontería, y una tontería irreparable.

EL POETA

Veamos, ¿qué hay, pues? ¿No estás contento?... Me parece, sin embargo, que la dicha se respira aquí tan amplia y sin límites, como el aire en una ventana que da al campo.

EL PINTOR

Tienes razón; soy feliz, enteramente feliz: amo á mi mujer con todo mi corazón; cuando pienso en mi hijo, río á solas como un majadero, á fuerza de placer. El matrimonio ha sido para mí un puerto seguro, de aguas siempre tranquilas; nó de aquellos donde se agarra uno á una argolla en la orilla, á riesgo de quedarse eternamente ligado, sino una de aquellas

asas azules donde se reparan las velas y los mástiles para excursiones nuevas á países desconocidos. Yo no he trabajado nunca tanto ni tan bien como después de mi matrimonio, y mis mejores cuadros datan de esta fecha.

EL POETA

Pues bien, entonces...

EL PINTOR

Pues bien, querido amigo: á riesgo de parecerte raro, te diré que miro mi dicha como una especie de milagro, como algo anormal y excepcional. Sí; mientras más veo lo que es el matrimonio, más me espanto de la suerte que he tenido. Me parezco á esos que, ignorando el peligro, lo han atravesado sin advertirlo, y que padecen después de pronto, estupefactos de su propia audacia.

EL POETA

Pero... ¿cuáles son, pues, esos peligros tan terribles?

EL PINTOR

El primero, el más grande de todos, es perder el propio talento y aminorarlo, lo cual me parece que significa algo para un artista...; porque nota bien que en este momento no hablo de las condiciones ordinarias de la vida. Convengo que, en general, el matrimonio es una cosa excelente, y que la mayor parte de los hombres no empiezan á darse cuenta de él sino cuando la familia lo completa ó lo ensancha. A menudo, hasta es una exigencia de profesión. No se concibe un notario soltero: carecería del aspecto grave y correcto...; pero para nosotros los pintores, los poetas, escultores, músicos, que vivimos fuera de la vida, ocupados únicamente en estudiar, en reproducir, manteniéndonos siempre alejados de ella, como se retira uno del cuadro que pinta para verlo mejor, digo y sostengo que el matrimonio no puede ser más que una excepción. Este sér nervioso, exigente, impresionable; este hombre niño que se llama artista, nece-

sita un tipo de mujer especial, casi imposible de encontrar, y lo más seguro es no meterse siquiera en buscarlo... ¡Ah! ¡Qué bien había comprendido esto el gran Delacroix, á quien tanto admiras. ¡Qué bella existencia la suya, limitada á las cuatro paredes de su estudio, dedicado exclusivamente al arte! Yo miraba, el otro día, su casita de Champrosay, y ese pequeño jardín de abadía, lleno de rosas, en que se ha paseado enteramente solo durante veinte años, y pensaba en la tranquilidad y, juntamente, la estrechez del celibato. Y bien; figúrate á Delacroix casado, padre de familia, con todas las preocupaciones de la educación de los hijos, de la necesidad de dinero, de las enfermedades, y ¿crees tú que la obra que ha realizado habría sido la misma?

EL POETA

Me citas á Delacroix; yo te citaré á Víctor Hugo. ¿Crees tú que el matrimonio le ha estorbado para escribir tantos y tantos libros admirables?

EL PINTOR

Pienso, en efecto, que el matrimonio no le ha impedido crear sus producciones...; pero no todos los maridos tienen la cualidad de hacerse perdonar, ni todos cuentan con un inmenso sol de gloria que seque las lágrimas que hace derramar, sin contar que no debe ser muy divertido el papel de mujer de un hombre de genio. Hay mujeres de albañil que son mucho más felices.

EL POETA

De todos modos, es verdaderamente extraña esta filípica contra el matrimonio, pronunciada por un hombre casado y feliz en la vida de familia.

EL PINTOR

Te repito que no hablo por mí. Mis opiniones se han formado viendo todas las tristezas de los demás, todas las frecuentes equivocaciones padecidas por los artistas, y causadas precisamente por nuestra vida anormal. Mira á ese escultor que, en plena madurez de edad y de

talento, acaba de expatriarse, dejando plantados á su mujer y á sus hijos. La opinión lo ha condenado, y ciertamente yo tampoco lo disculpo. Mas, sin embargo, ¡qué bien me explico que haya llegado á este extremo! Ahí tienes un chico que adoraba su arte, tenía horror á la sociedad y á las relaciones. La mujer, buena en verdad é inteligente, en lugar de sustraerlo al medio ambiente que le disgustaba, lo ha condenado durante diez años á toda especie de obligaciones sociales. Así es que ella le ha obligado á hacer un sinfin de bustos oficiales, odiosos burgueses con gorros de terciopelo, mujeres mal vestidas y sin gracia; le molestaba cien veces al día para llevarlo á visitas importunas; todas las noches le obligaba á ponerse de frac y guante blanco, arrastrándolo de salón en salón. Tú me dirás que habría podido sublevarse y responder clara y terminantemente: «¡No!» Pero... ¿no sabes que el hecho mismo de nuestras existencias sedentarias nos hace á los artistas más esclavos todavía del hogar doméstico que al resto de los mortales? El ambiente

de la casa nos envuelve, y si en él no existe un átomo de ideal, nos entontece y nos cansa en seguida. Por otra parte, el artista pone en general todas sus fuerzas y energías en la realización de su obra, y después de sus luchas pacientes y solitarias, se encuentra sin voluntad para resistir á las minucias de la vida. Con él las tiranías femeninas triunfan. Nada es tan fácil de domar y conquistar como un artista; sólo que ¡guay de que él sienta demasiado el yugo! Si un día las ligaduras invisibles con que se le aprisiona aprietan un poco más de lo regular, llegando á impedir el esfuerzo artístico, de una sola sacudida las rompe todas y, desconfiando de su propia energía, se salva escapando, como nuestro escultor, más allá de los montes... La mujer de éste ha quedado sorprendida de la escapatoria. La desdichada todavía se pregunta qué ha hecho para aquella huida. Nada: ¡no lo había comprendido!... Porque no basta ser amable é inteligente para servir de buena compañera á un artista; se necesita también tener un tacto extraordinario, una abnegación son-

riente, y en esto precisamente estriba el milagro de poder encontrar esas cualidades en una mujer joven, que ignora y siente deseos de conocer la vida... Por ejemplo, se casa una joven con un hombre conocido y bien recibido en todas partes. Naturalmente le gusta á ella presentarse en público al lado de su marido. Este, por el contrario, se ha hecho más salvaje á medida que trabaja más y mejor, encontrando las horas cortas, el oficio difícil, y procura huir de las exhibiciones. He ahí á los dos desgraciados, y ceda ó resista el hombre, su vida queda ya descompuesta y enteramente fuera de su corriente, perdiendo su tranquilidad... ¡Ah! ¡Cuántos interiores he conocido en que la mujer era tan pronto víctima como verdugo, más frecuentemente verdugo que víctima, y casi siempre sin advertirlo! Mira, la otra noche estaba yo en casa del músico Dargenty; había algunas otras personas; le rogaron que tocara el piano; apenas había comenzado una de esas mazurkas polacas, características de él y que lo han hecho el heredero de Chopin, su mujer se pone á

charlar, bajo, al principio, y después un poco más alto; poco á poco prende el fuego de la conversación, y al cabo de un momento era yo solo quien escuchaba al artista. Entonces él cerró el piano y me dijo sonriendo, con aire entristecido: «Siempre sucede lo mismo...: á mi mujer no le gusta la música.» Y bien, ¿conoces tú algo más terrible que esto? ¡Casarse con una mujer que no ama el arte que uno cultiva!... ¡Bah! Créeme, querido amigo, no te cases: eres solo, eres libre, guarda tu preciosa libertad y tu soledad inapreciable.

EL POETA

¡Vive Dios! Hablas de esa manera de la soledad, tú... Ahora mismo, cuando yo me vaya, si se te ocurren ideas de trabajo, cerca de tu fuego que se apaga, las seguirás dulcemente, sin sentir á tu alrededor esa atmósfera de aislamiento tan vasta, tan vacía, que dispersa y evapora la inspiración... Y después, pase todavía el estar solo á las horas de tra-

bajo; pero hay momentos de aburrimiento, de desaliento, en los cuales uno duda de sí propio y de su arte; y entonces es cuando debe uno sentirse feliz al encontrarse al lado, pronto y fiel siempre, un corazón amante en que se puede descargar la pena sin temor de turbar una confianza, un entusiasmo inalterable... ¿Y los niños?... La sonrisa del chiquitín, que se esparce constantemente y sin causa determinada, ¿no es el mejor rejuvenecimiento moral que se puede encontrar? ¡Ah! ¡He pensado mucho en esto! Para nosotros los artistas, vanidosos como todos los que viven del éxito, de esta estimación superficial, caprichosa y flotante que se llama estar en boga; para nosotros, sobre todo, los niños son indispensables. Ellos solos pueden consolarnos de la pena de envejecer. Todo lo que perdemos lo gana el niño; el éxito que no se ha obtenido, se piensa que él lo obtendrá; y á medida que van cayendo nuestros cabellos, se siente la alegría de verlos nacer, crecer, dorarse, rizarse en las rubias cabecitas que tiene uno al alcance de su mano.

EL PINTOR

¡Ah, poeta, poeta! ¿Has pensado también en todos los picotazos que es preciso dar con la punta de la pluma, ó la punta del pincel, para alimentar una nidada?

EL POETA

Digas lo que quieras, el artista está hecho para vivir en familia; y esto es tan cierto, que, aquellos de los nuestros que no se casan, se acurrucan en interiores de ocasión, como viajeros que, cansados de vivir siempre sin hogar, se instalan al fin y á la postre en un cuarto de hotel, y consumen su existencia bajo la enseña de «Casa de dormir».

EL PINTOR

Esos hacen mal; aceptan todos los inconvenientes del matrimonio, y jamás conocerán sus alegrías.

EL POETA

¿Confiesas, por consiguiente, que en el matrimonio se disfruta de algunas?

Aquí el pintor, en lugar de contestar, se levantó y buscó entre los dibujos y bocetos un manuscrito, muy arrugado. Volviendo al lado de su amigo, dijo:

«Nosotros podríamos discutir mucho tiempo sin convencernos...; pero, puesto que á pesar de mis observaciones estás decidido á probar el matrimonio, he aquí un pequeño libro, que te invito á leer.

Está escrito, nóvalo bien, por un hombre casado, muy enamorado de su mujer, muy feliz en el interior de su casa; un curioso que pasando la vida en medio de los artistas, se ha entretenido en hacer el croquis de algunos de estos hogares de que yo te hablaba antes. Desde la primera á la última línea todo es verdad; tan verdad, que el autor no ha querido jamás imprimir la obra. Léela, y ven á buscarme cuando la hayas concluido. Creo que para entonces habrás cambiado de opinión...»